



LA RORRA DE NOCHEBUENA

Hoy vino Mateo muy malo: entornó la puerta de la casuca donde vive, no dijo ni una palabra á su mujer, miró con infinita ternura á su hija y tiróse en la cama, sin siquiera quejarse del agudísimo dolor que le martirizaba. Paula observa alarmada á su esposo. No estaba como solía venir, con la cabeza perdida por el alcohol, barbotando disparatados soliloquios, que cuando no estaba furioso, divertían mucho á los vecinos.

Mateo habíase moderado desde que el cielo le dió aquella niña, alegría del hogar, á quien puso el nombre de Soledad por devoción á la Virgen; pero la maldita costumbre llevábale á la cantina con tiránica violencia, y por lo menos un día de la semana, iba caigo que no caigo, caminito de su casa.

El vicio había impedido que Mateo prosperase, no obstante que, desde la aurora hasta el ocaso, trabajaba en su humilde oficio de cargador. Bien sabía él la causa de su pobreza, y proponíase constantemente matar aquel gusano—así llamaba al desordenado apetito de beber,—pero aquellos buenos propósitos, violados siempre y siempre renovados, no habían obtenido sino parciales victorias; mas algo era algo, y Paula, que, aunque ignorante y ruda, tenía la penetración de la mujer que ama, observaba con singular complacencia aquella íntima lucha de su esposo, y cuando la temperancia se prolongaba por algunas semanas, el corazón de Paula dilatábase henchido de esperanza, la cual hacía después más intenso el dolor de la recaída.

“El Negrito” de Paula—pues por cariño decíale “mi Negro”—estaba en la plenitud de la vida; era de bronceada tez, rostro afable, á pesar de su seriedad, expresivos ojos cafés, ancha nariz, boca grande, de gruesos labios y sin pizca de barba. Servicial, humilde, dócil, hacíase sentir en su corazón la influencia de Paula, quien valíase de la filial ternura de su esposo para apartarle del vicio.

—¿Qué tienes, Negrito? le preguntó aquel día, visiblemente conturbada. ¿Estás malo?

—Tal vez; no he podido trabajar ni ayer ni hoy; y ya sabes lo que esto quiere decir: escasez, hambre.

Paula bajó los ojos y guardó silencio. Mateo tenía razón, pues á esa hora—las diez de la mañana—no había ni fuego en la cocina.

Entró Paula al cuarto contiguo, y poco después salió en zagalejo con un bulto.

—Te encargo á la niña, dijo á su esposo, ya vuelvo.

Miróla Mateo y calló avergonzado. Su consorte iba á empeñar la única falda que hasta hoy no había sido guardada en el montepío, en ese Banco de los Pobres, tan útil á éstos, y que les haría muchos bienes si la misericordia y no la codicia los estableciese.

Soledad acercóse á su padre, y besóle la frente con angelical donaire; el enfermo la acarició emocionado, aún había júbilo en medio de las tristezas que le rodeaban; tenía una hija que llevaba la fragancia del cielo al espíritu rebosante de amargura.

—Tengo hambre, papá, ¿á qué hora nos desayunamos? dijo Soledad besando otra vez á su padre.

Mateo se estremeció de dolor: aquella infantil vocecilla le había sido siempre dulcísima; aquel gracioso semblante, iluminado por la luz de la inocencia, era su paraí-

so y adría en su corazón los hondos marnantiales de la ternura. Incorporóse con no poco trabajo, se quitó su vieja blusa de dril, y dijo á su hija conmovido:

—Toma, ve á la tienda de don Vicente y dile que te dé pan y queso por esta prenda.

Soledad, acostumbrada á tales operaciones mercantiles, tomó la blusa y salió corriendo de casa.

Cuando Mateo se vió solo, quejóse á sus anchuras. Estaba malo, muy malo; parecía tener clavado un puñal que le entraba por el pecho y le salía por la espalda.

Pasaron más de quince minutos; ni la esposa, ni la hija volvían, y el enfermo entró en grandísimo cuidado, pues la tienda estaba en la esquina de la calle. Si le habría sucedido á Chole alguna desgracia, pensó; mas tranquilizóse al oír pasos en el zaguán. Madre é hija entraban juntas y el médico las acompañaba.

Soledad corrió hacia su padre, y rebosante de alegría, dijole á gritos:

—Mira, papacito, ¡qué bonita rorra!

Y levantó en alto, riendo regocijada una preciosa muñeca de pelo de oro y ojos de cielo, la cual sabía decir ¡mamá! Aquello era una maravilla, y Soledad, al poseerla, sentía la primera intensa emoción de su vida. ¡Ella, que no había tenido nunca un juguete que valiese la pena, tener ahora una rorra tan primorosa!

—Me la dió la señora de la casa rica que está cerca de la tienda, esa señora que me hace cariños y que dicen todos que es muy caritativa y muy buena. Me dijo que era mi aguinaldo porque á la noche es Nochebuena.

Y Soledad veía á la rorra, y la besaba como si quisiese en cada beso transmitirle el alma.

Mateo olvidóse de sí mismo al ver el júbilo de su hija. Paula no podía participar de aquella alegría, pues el estado de su esposo infundíale serios temores. Dejó la canasta del mandado sobre una silla, y mientras Soledad salía á la puerta de la casa con su rorra en brazos, para causar admiración y envidia á las niñas del barrio, Paula recomendaba al doctor que examinase á Mateo y le dijese la verdad por dolorosa que fuese. El médico cumplió en conciencia la recomendación, y contra su costumbre fué veraz, terriblemente veraz; ora fuese porque aquella buena gente era clientela pobre y no había para qué engañarla, ora porque supusiese en ella más fuerza moral, es el caso que con firme voz desahució á Mateo. Recetóle un paliativo, según dijo á la afligida esposa, y salió de la humilde casa del cargador con la frente erizada, satisfecho de haber cumplido con el triste deber de decir la verdad.

Paula quedó consternada, y á pesar de

su poderoso esfuerzo no pudo contener el llanto.

—No llores, le dijo Mateo con admirable resignación, te entiendo, todo acabó ya para mí.

—No ha muerto Dios, repuso la esposa rehaciéndose llena de fe y dirigiendo una suplicante mirada á una mugrienta estampa de la Virgen de la Soledad, clavada en la pared, y salió de la habitación con la receta en la mano.

Poco después oyó Mateo que su esposa y su hija hablaban en el patio; aquella pedía algo, ésta parecía negarlo. Levantóse con no poco trabajo, y escuchó con el alma despedazada el siguiente diálogo:

—Hija, tu padre está muy malo, necesito comprar la receta y no tengo dinero. Empeño tu rorra, pero tan luego como Mateo se alivie y trabaje, la desempeñaré. El patrón me conoce, ni siquiera la boleta le pido, pues la desempeñaré hoy mismo.

—Pero, mamá, está tan bonita.

—En el montepío no se maltrata. ¿Quieres que se muera tu papá?

—No, no; quiero que se alivie.

—Pues préstame tu rorra.

—Sí, sí, mamacita; tómala, que se cure papá. Déjame nomás darle un beso... otro... otro. Ahora toma la rorra. No, mejor yo voy contigo para llevarla en

brazos hasta el montepío; así estará otro ratito conmigo.

Tras del ruido de los besos, oyó el de los pasos de su hija que con su madre se alejaba, y el corazón de Mateo sintió un dolor más profundo que aquel que de muerte le hería.

¡Pobre hija mía! dijo, y rompió á llorar. Doliase entonces, más que nunca, de sus extravíos, y por la centésima vez propúsose de todas veras ser bueno, si aquella traidora enfermedad no le quitaba la vida.

Estaba aún consternado, cuando oyó la voz de su colega Remigio que le hablaba desde la puerta.

—¿Qué quieres? Entra, respondió Mateo.

—Perezoso, te acabas de levantar. Apuesto á que anoche tomaste tus copitas.

—No, Remigio, sino que me he sentido algo enfermo.

—Y yo que venía á invitarte á que me ayudas á cambiar un piano, lo cual es lo mismo que traerte un peso; pero si no puedes veré á alguno de nuestros compañeros.

—No, no le veas, aguarda.

Y Mateo se irguió y dió unos cuantos pasos como para probar su vigor.

—Ea, vamos, dijo con resolución. ¿Está muy lejos la casa?

—No, está cerca.

Y los dos amigos salieron apresuradamente. Transcurrió media hora sin que nadie regresara á aquel hogar digno de mejor suerte. Oíanse sólo, de vez en cuando, los ladridos de un falderillo que buscaba camorra á un gato prieto, y los resoplidos de éste, que arqueando el espinazo y enroscando la cola, miraba con centelleantes ojos á su antipático provocador.

De repente entró Mateo con el semblante afilado é intensamente pálido; dibujábase en sus labios una dulce sonrisa y veía con inefable complacencia una hermosa rorra que en la diestra mano llevaba: era la muñeca de su Chole. Acababa de rescatar á la cautiva, pero el supremo esfuerzo que hizo para trabajar, hábale agotado el vigor. No alcanzaba respiración, ahogábase, iba á caer de bruces cuando llegó á la cama, estrechó á la rorra que en aquel instante era la personificación de la hija de su alma, la besó con paternal ternura y de repente, como si algo se le hubiese reventado interiormente, contrájose aquella boca en la que aún palpitaba el último beso, y expiró.

Momentos después, con el dolor más hondo pintado en el semblante, Paula contemplaba el cadáver de su Negrito, y Soledad al observar la angustia de su madre, lloraba la inmensa desgracia que caía sobre

ella. De vez en cuando, sin dejar de llorar miraba de soslayo á la rorra aprisionada entre los brazos de Mateo. ¡Ay! Recuperaba aquel valioso juguete, pero perdía para siempre la ternura de un padre, que á pesar de sus miserias y debilidades, la amaba con toda su alma. Y la niña, no obstante su edad, adivinó con maravillosa intuición el heroico sacrificio de su padre, y con la precoz filosofía que infunde la desgracia, pensaba sollozando: ¡Ay! los juguetes de valor no se hicieron para los niños pobres.



EL DEFENSOR PROVIDENCIAL

Era Jacinta buena mujer, pero tan desgraciada como buena. Tenía tres años de casada y habían sido de continuo tormento; su esposo Isidro, un gañán alto, muy trigueño, sin pizca de barba, de pequeños ojos cafés, de mal carácter y tonto de capirote, tenía la extravagante creencia de que á la esposa debe tratársela á golpes, para que sea siempre dócil y obediente. Había pasado en la cabecera del Partido un caso singular que confirmó más al marido en aquella arraigada idea: una ranchera demandó á su esposo ante el Juez Municipal quejándose de que aquel ya no la quería. Interrogada por la causa de tal afirmación contestó: Que no la amaba ya porque hacía mucho tiempo que no le pegaba. (1)

(1) Histórico.